

el peso telúrico, la canción del agua, la incierta contingencia, la seducción de una música que está en las cosas perecederas, el trazo del pájaro en el cielo, el desgarrón de las estrellas por encima de nuestras cabezas, el sueño que se adivina, la palabra que tiembla en el silencio, la poesía.

Ante la obra de Alberto se llega a la certidumbre de que el lenguaje nos lleva al silencio. En el proyecto poético de Alberto existe una voluntad de apego al deslumbramiento del universo. Para bien marcar sus preferencias, el artista se rodea de materiales comunes. Este gusto por lo concreto hará de él el gran escultor que conocemos. Ama palpar su sueño, encontrar en el corazón de su sueño la gravedad de los objetos. Lo que solicita Alberto no es el afecto del viento, sino el mismo viento. Parece hablarnos constantemente del cielo, pero nunca deja de pensar en la tierra.

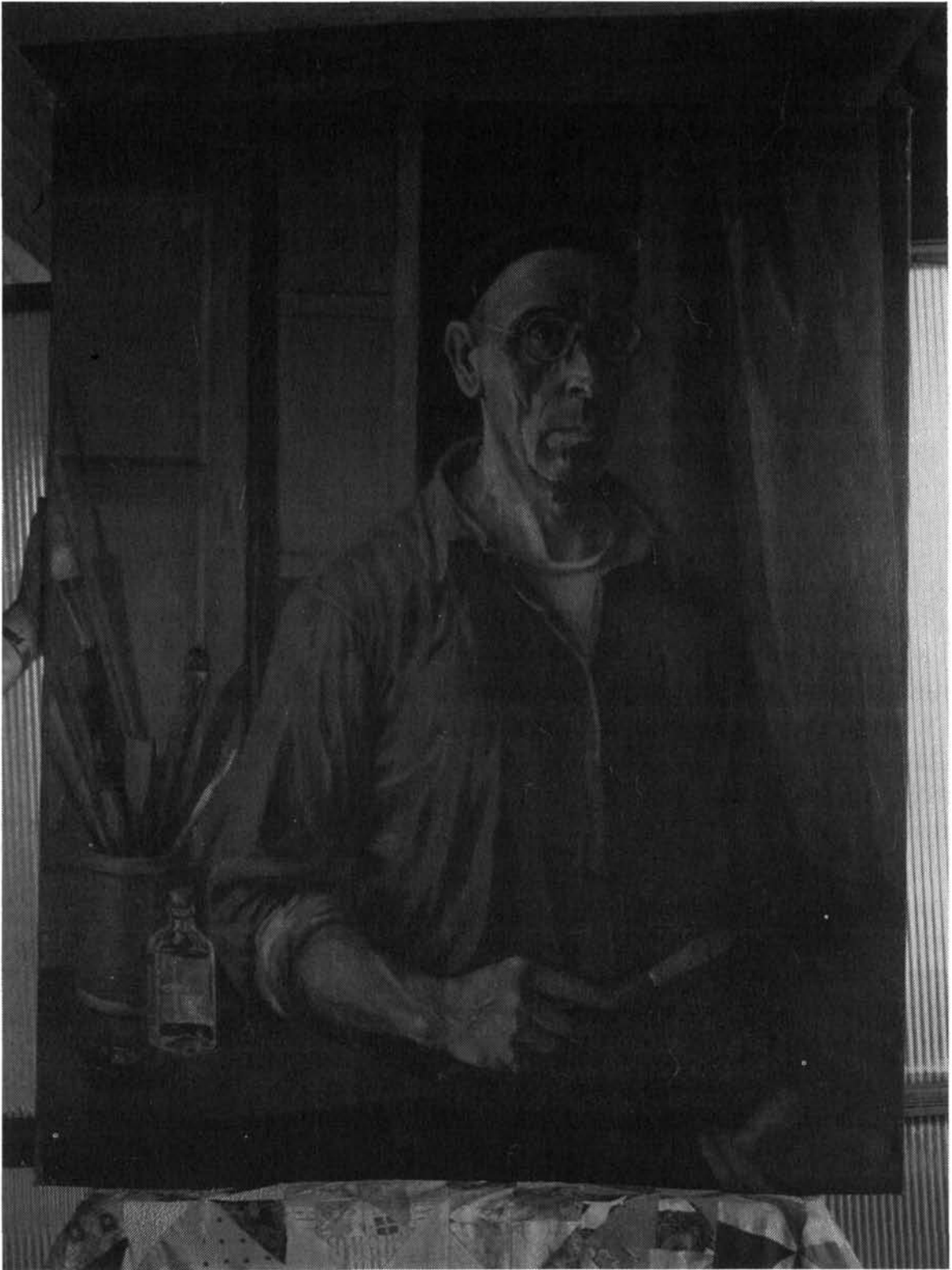
En algunos momentos, se ha evocado el mundo de la infancia del artista, sus años incipientes en Toledo. Hay un aura de soledad que le hace a veces profundamente trágico, aunque nunca deja de percibirse ese sentido de la fiesta y de lo jocundo. Y, frecuentemente, inventa los juegos y convoca los presagios. Imagina los personajes de un carnaval perpetuo. Ha sentido el rompimiento del mundo y de la Historia. Ha visto desfilar a los verdugos y ha sentido la tiranía y la abominación. Todo lo que nos dice en su obra es el testimonio de la vida de un hombre contra lo que amenaza la vida de los hombres.

Alberto nos encanta y nos deslumbra. A lo largo de los años nos ha llenado de soles, de estrellas y de los más variados personajes que pisaban el suelo temblorosamente. Es el milagro de la vida con una constancia magnífica. A veces, los ojos se impregnan del color de la infancia.

En Alberto existe una ambigüedad, tanto más admirable, porque parece no razonada. Podríamos decir que suena, justamente, porque posee esa fluidez del sonido que no engaña. Se expresa sin pretender convencer. Se impone sin saberlo y convence sin quererlo. Entre Alberto y la obra de Alberto queda eliminada toda distancia. Ante todo, es el hombre de lo real, pero hay que entender que la realidad está tejida a partes iguales de trivialidad y de sueño. En esta posición, entre dos márgenes, se sitúa Alberto. Pero no remonta o desciende el río. Simplemente lo acepta. Es un artista con la mirada siempre sorprendida. La mano toma el mundo entre sus dedos y por transparencia nos lo revela. Es el artista de la claridad y de la evidencia. Esta claridad la expresa por un lenguaje que le es propio, por un lenguaje primitivo —no *naïf*— cuya eficacia exige de nosotros un estado de presencia, porque si no respondemos a él, todo estará perdido.

Alberto es el perfecto artesano, consciente, refinado, que posee la inteligencia del material y el instinto poético de las formas sensuales. Sin embargo, desconfía del material, que supone el riesgo de cautivar al escultor y de convertirle en su prisionero. El arte comienza donde termina la materia.

Alberto nunca fue tentado por la abstracción purista, porque la escultura abstracta, a veces, se limita a la creación de objetos y él anhelaba expresar toda una orquestación solamente posible en la composición, especie de concierto con unas notas que van de lo grave a lo agudo. Pero su gran preocupación es hallar el lugar en que se puedan



Alberto Sánchez: *Autorretrato*

enlazar. Ligar elementos de una misma naturaleza es fácil, pero enlazar un ovoide con un cuadrado se convierte en un problema. Gracias al movimiento continuo de sus figuras puede llegar a ligar elementos diversos y a expresarse con formas inventadas los antagonismos que se hallan en el fondo de la naturaleza humana. El problema se halla en superar la abstracción.

El gran interrogante está en expresar lo que es humano, de otra manera a como lo hicieron los artistas de la Edad Media o del Renacimiento. Con formas inventadas se puede formular la realidad humana, la presencia del hombre. Lo que cuenta ahora es hallar la nueva dignidad del individuo.

En el panorama español la obra de Alberto es resueltamente innovadora. Es un momento decisivo para la escultura. En unos años inventa lo esencial por el despojamiento progresivo y la depuración. La característica más personal, es el impulso fundado sobre un equilibrio audaz, el retorno al barroco y a la policromía olvidada desde hace siglos y las construcciones a partir de elementos en materiales distintos empleados en escultura. Rara vez se encuentra en la obra de un solo creador tal suma de descubrimientos e intuiciones. Alberto pertenece a esa clase de artistas precoces que liberan todo en el umbral de su vida.

El vuelco de las perspectivas naturales de los cuerpos en el espacio, mostradas por la anatomía clásica, el desplazamiento de las luces y las sombras siguiendo una imaginación paradójica, podrían valerle el título de escultor de una nueva modernidad. Existe un deseo, casi una pasión de la metamorfosis. Y esta metamorfosis consiste, no como en Ovidio, en el paso de un cuerpo a otro; por ejemplo, de un cuerpo de mujer a un cuerpo de cisne, sino en una dislocación de los miembros de un cuerpo cualquiera, seguido de un chorro de luz imprevisto que impulsa todas las partes de la escena.

Lo desconocido para un artista, se traspone en imaginario y él lo coloca en situación de entusiasmo. Es el entusiasmo que provoca el estallido y el misterio de las esculturas de Alberto. Uno se siente fascinado por estas formas deliberadamente elementales. Se da la grandeza en la simplicidad, la gravedad en la emoción y esa poesía que desborda con una fuerza secreta; extraña, de tantas invenciones inagotablemente renovadas, tal como aparece en la obra de este artista, que sabe permanecer siempre indefectiblemente escultor.

Alberto nace poco antes de finalizar el pasado siglo. Los períodos de su arte son como las etapas de cada una de las generaciones que han marcado nuestra época. Alberto es un visionario y un solitario, un buscador de lo absoluto, que no se sentiría satisfecho formando parte de un grupo, demasiado exigente para aceptar una disciplina que pudiera poner en peligro la integridad de su arte en provecho de una ideología.

No cesó, con una obstinación lúcida, de reflexionar sobre el arte contemporáneo, de dar vueltas a las cosas sobre los aspectos tanto humanos como plásticos, en su búsqueda de soluciones. Alberto es siempre él mismo, en la sociedad y en el pequeño mundo cerrado del arte. No arremete con sarcasmos contra las escuelas de Bellas Artes, que persisten en propagar el error de un realismo de iniciación surgido del Renacimiento, o contra los artistas rutinarios entonces de moda en los certámenes nacionales, cuya obra concurre para falsear el gusto popular.

Fueron momentos terribles. Al salir de su taller, la guerra confronta a Alberto con la más descarnada realidad. Fue una experiencia fundamental. Las evidencias aparecen en el artista: el valor humano de los hombres sencillos, sus compañeros, su eficacia, la facultad de invención espontánea y también la belleza esencial de las cosas.

Trata de situarse en el diapasón del dinamismo, de la acuidad del universo contemporáneo. Pero nada de copiar la realidad. El artista rutinario se esfuerza en vano en querer rivalizar con una realidad bella en sí. Alberto, en cambio, arroja sobre esta realidad moderna un ojo no menos crítico que arrebatado: la búsqueda de lo útil, de lo funcional, puede conducir a una pérdida de belleza.

En sus juegos plásticos, se va a inmiscuir el soplo de una vida emotiva. Al mismo tiempo, se confirma en Alberto su admiración por los primitivos, el gusto por la monumentalidad que nunca había perdido de vista y la firmeza de la construcción. Aquí, ciertamente, ha jugado el deseo, apresado en el corazón del escultor, de hacer llegar a las masas populares el arte moderno, faltas de una cultura de la que estaban desheredadas.

Después de varios siglos de tentativas ilusionadas, nuestra época busca sus nuevas reglas de estilización. La visión convencional, ligada durante siglos a una determinada cultura general y a un dominio determinado de la acción, hoy, pierde en un mundo que cambia de valores plásticos e intelectuales, toda posibilidad de evidencia inmediata. Sin embargo los artistas de hoy encuentran los mismos problemas y soluciones que sus antecesores, contrariamente a ciertas apariencias.

La escultura de Alberto no es una obra de arte agregada a la realidad. Ella es la misma realidad encarnada. Encuentra su sitio en la evolución de las formas y de las ideas, una suerte de lógica que es la misma que comporta la Naturaleza.

Como ilustrador o escenógrafo llega a ocupar un puesto preponderante, gracias a la elocuencia sugestiva y al despojamiento del trazo con su necesidad de concisión. Tiene un sentimiento refinado de las proporciones y del equilibrio vivo, gracias a su cuidado de penetrar en el fondo de los textos para no dar más que lo indispensablemente visual y gracias, sobre todo, a su sentido artesanal del trabajo bien acabado.

Con el tiempo, la amplitud de la visión, su riqueza interna, su majestuosa quietud no hacen más que progresar y ganar seguridad. Y ese vigor que brota, inagotable y sereno, se instala en todas las direcciones que parten hacia las fuentes de todas las técnicas. Es de los pocos artistas que han explorado ampliamente las posibilidades ofrecidas por todos los lenguajes estrictamente plásticos.

Resulta bastante asombroso, posiblemente ejemplar, ciertamente magnífico, que Alberto, cuya obra está considerada como una de las más importantes de nuestro tiempo, se incline todavía, insaciablemente, sobre los mismos problemas y se interrogue sin cesar sobre su arte con tanta tenacidad, serenidad y pudor. No hay ningún estallido ni ningún grito. La búsqueda ya no es para el frenesí y el sufrimiento exterior. La espera es reflexión. Un nuevo impulso va a surgir en él. Y es este impulso el que le va a inspirar el punto de partida para los próximos años, pero unos años que no le han de llevar hacia la vejez del cuerpo, sino a la juventud del corazón.

La palabra clave de su estética es el contraste en oposición con la antigua idea de la armonía y edifica un arte en el que los elementos formales se oponen, se disocian con el fin de liberar el máximo de energía, porque quiere una obra de arte significativa de su época, porque ha sido uno de los primeros en sentir la transformación que implica la visión en el mundo moderno. Alberto, sin pretenderlo, exige mucho a quien contempla su obra, porque aspira a una comunicación de poeta a poetas. Hablar es responder a todo.

Alberto tiene necesidad de lo real y de la Naturaleza viva para inspirarse. No trata de asombrar ni seducir, sino que se limita a elaborar imágenes en volúmenes del mundo que ama. Tampoco trata de imponerse. Se propone desarrollar la imaginación y el análisis plástico a través de objetos planos o cóncavos en materias distintas para ponernos en contacto con la Naturaleza. Nos lava los ojos para enseñarnos a ver. Es sin duda el artista más cuidadoso de dar a la realidad una definición que escapa, constantemente a nuestros contemporáneos. Su arte se singulariza en esa resistencia a la separación radical entre abstracción y figuración. De hecho, la obra de Alberto tiende a superar estos problemas para encontrar otros códigos. Los problemas son siempre los mismos: la luz y la sombra. El movimiento de la espiral es el primer movimiento verdadero, es el nacimiento del mundo, el momento en que la vida comienza a condensarse.

El mundo de Alberto está impregnado de elementos de la infancia. Para aproximarnos a su arte es necesario haber reencontrado la infancia, lo que supone que es necesario haberla perdido. Para entender la luz que envuelve las figuras de Alberto, posiblemente, sea necesario haber atravesado la noche. La claridad es siempre un triunfo sobre las tinieblas. La poesía llega siempre al final de la prosa, pero la poesía es una vocación, mientras que la prosa es un estado. La prosa se da primero y ocupa el espacio entero. La poesía es un destello que es necesario llevar difícilmente y con constancia, de un lado a otro de la conciencia. La poesía de la revolución aparece al final de la prosa de la Historia al consumir a sus propios héroes.

José Rodríguez Alfaro